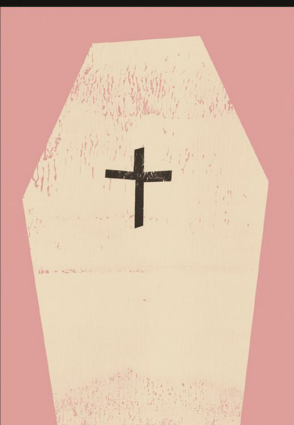




FUEGO EN LA GARGANTA



BEATRIZ SERRANO



FINALISTA PREMIO PLANETA 2024

AE
& I


Beatriz Serrano



Fuego en la garganta

Finalista Premio Planeta
2024

PRIMERA PARTE

—

BLANCA Y LAS CHICAS DE INTERNET

Dicen que para contar una historia lo mejor es empezar por el principio. Sin embargo, en la mayoría de las historias resulta complicado determinar cuál es el principio de todas las cosas. ¿Fue un nacimiento? ¿Una boda? ¿Una muerte súbita, un funeral y la consiguiente repartición de una jugosa herencia entre varios hermanos? Cada uno de nosotros, los pobres mortales, decidimos qué punto de nuestra existencia supone nuestro propio arranque narrativo. Aquello que, en retrospectiva, explica la historia de nuestras vidas. El antes y el después. Esa cosa, y no otra, que fue la que nos convirtió, irrevocablemente, en lo que somos.

El principio de la historia de Blanca, por ejemplo, no podría comenzar el día de su nacimiento, porque qué más da y a quién le importaría; tampoco su primer día de colegio, que fue irrelevante tanto para ella como para el tema que nos ocupa; ni mucho menos el día en que tomó su primera comunión, porque, de hecho, Blanca ni siquiera está bautizada. El principio de la historia de Blanca data del día en que su padre le dijo —una lluviosa y antipática mañana de febrero del año en que se estrenaron las películas de *El rey león*, *La máscara* y *Los Picapiedra*, mientras servía en la mesa del comedor un tazón de cereales azucarados con leche para ella y un café solo y un Ducados para

él— que su madre se había marchado de vacaciones. Lo que terminó provocando su primer milagro.

—Mamá se ha ido de vacaciones —dijo el padre echando al techo, que por fortuna estaba pintado de un conveniente color llamado tabaco, el humo del primer cigarri-
llo del día.

—¿Adónde? —preguntó la niña con escasa emoción, todavía ajena a la importancia de aquella revelación matutina y a lo mucho que cambiaría el curso de sus vidas, sin apartar la vista de la pantalla del televisor donde emitían una versión animada de *La vuelta al mundo en ochenta días*.

—Volverá pronto —sentenció él, la vista fija también en los monigotes de la pantalla y el cigarrillo reposando entre su dedo índice y su dedo corazón, que ya amarilleaban.

Sin embargo, su madre nunca volvió.

No eran extrañas aquellas desapariciones por parte de su figura materna, sobre todo en los últimos tiempos, que eran los únicos tiempos que una niña de nueve años era capaz de almacenar en su memoria. Todavía hoy, Blanca no tiene el recuerdo de que hubiese un gran cambio en el ambiente doméstico el día que su madre se fue para no volver nunca más: la casa olía, como cada mañana, a café recién hecho y su ropa para el día que daba comienzo descansaba, también como cada mañana, sobre la silla de su escritorio, planchada y lista para ser vestida, indiferente a cualquier atisbo de ausencia o abandono.

Es cierto que su madre iba y venía, tal y como decían las vecinas del bloque de viviendas en el que Blanca vivía con sus padres, negando con la cabeza de forma repro-
batoria, como si nadie pudiera oírlas. «Esta va y viene», comentaban sentadas sobre aquellas ridículas sillas blan-

cas de plástico que sacaban cada tarde, si el tiempo era bueno, al portal, abanico en mano los días más calurosos del año. «Ni caso a esas cotorras», solía responder su madre cuando Blanca le iba con el chisme del patio vecinal, en parte con la secreta intención de congraciarse con ella y demostrarle así su lealtad, en parte para que su madre le contase dónde había estado. «Reuniones, charlas, esas cosas», respondía, por su lado, su padre arrojando algo más de claridad sobre el asunto. «Tu madre es una mujer inquieta. No todas las mujeres se quedan todo el día en casa fregando el suelo de la cocina», agregaba sintiéndose muy moderno, un hombre avanzado a su tiempo, un hombre venido del mismísimo futuro, aunque, en efecto, Blanca hubiese visto cientos de veces a su madre arrodillada en casa, sacándole brillo al suelo de la cocina con una vieja camiseta de algodón y unos raídos pantalones vaqueros, hasta dejarlo como un espejo para las bragas.

Blanca sí había comprobado, basándose en la observación y la comparación con las madres de sus compañeras de colegio, que su madre no era como las demás; y por eso sus salidas y sus ausencias importaban un poco menos en el núcleo familiar. Su madre jamás le hacía bocadillos, sino que le compraba algo en la panadería a la hora de merendar. «Así el bolso no me huele a chóped», le decía simulando una arcada. Su madre llevaba minifaldas y jerséis ajustados, como las chicas de las revistas, y unas botas tan altas como sus propias ambiciones, por encima de la rodilla, siempre de tacón. Su madre siempre la esperaba a eso de las cinco de la tarde apartada del resto, sentada en un banco, fumando un cigarrillo y hojeando alguna revista que acabase de salir a los quioscos, ya fuese una de moda y tendencias o una de historia. Su madre no se sentaba en la cafetería de la plaza a tomar cafés con otras

madres, sino que jugaba con Blanca o, si Blanca estaba jugando con otras niñas, se sentaba tranquilamente a un lado a fumar o a leer. A menudo, a hacer las dos cosas al mismo tiempo. Su madre a veces no se peinaba, sino que llevaba un moño hecho de cualquier manera. Tampoco se maquillaba en exceso, pero, cuando lo hacía, se dibujaba una raya en el ojo que alargaba hasta la sien, como una Cleopatra contemporánea. Su madre reía en alto y hacía aspavientos, cantaba a viva voz en el coche de camino al colegio y gritaba a los conductores que se le ponían por delante. Y cuando le tocaba hablar con los profesores, ponía los brazos en jarras y mostraba un ceño fruncido, al contrario que las otras madres, que los miraban desde abajo, con una angelical sonrisa, y, en más de una ocasión, aparecían con una tartera llena de dulces recién traídos del pueblo.

«Mi madre dice que tu madre es un putón», le dijo una vez una niña de su clase llamada Aurora. «A tu madre lo que le pasa es que es una cateta», respondió Blanca sin dudar en su respuesta ni ofenderse lo más mínimo. *Cateto* era una palabra que oía habitualmente en casa, en boca de sus padres, refiriéndose a todos los demás. «Esto está lleno de catetos», decían mientras buscaban un agujero donde clavar la sombrilla en una playa a rebosar de domingueros. «Esta panda de catetos no se pondrían de acuerdo ni con otra dictadura», comentaban entre risas al volver de una reunión de la comunidad de vecinos que, como siempre, había acabado entre gritos, acusaciones y acalorados debates sobre los distintos colores escogidos para los toldos de la fachada. «La cateta de la frutera ha puesto los kiwis por las nubes», decía su madre al regresar de la compra mientras sacaba las cosas del carro. O «el cateto de mi jefe me la tiene jurada», decía su padre a la vuelta del trabajo. De modo que Blanca pronto aprendió

a distinguirse de los demás con una fórmula bien sencilla: estaban los *catetos*, y luego estaban ellos.

Dos semanas después de que su madre se marchase de vacaciones, en el colegio comenzaron a murmurar sobre su desaparición, al tiempo que en el pecho de Blanca empezaba a aparecer un sentimiento antes desconocido, una nueva tonalidad en la gama cromática de las alteraciones del ánimo que no suele tener cabida en el cuerpo de los más pequeños, y que más adelante ella identificó como preocupación.

En casa, el padre de Blanca insistía en que su madre estaba de vacaciones, pero la niña notaba como, noche tras noche, las ojeras de su padre iban tornándose más y más oscuras, y sus respuestas, más cortas y cortantes. La inquietud de Blanca iba en aumento conforme pasaban los días y percibía que su padre cambiaba constantemente la versión que le ofrecía de los acontecimientos. Primero le dijo que su madre estaba en Benidorm, pero más adelante, ante la insistencia de la hija, le dijo que se había marchado a Hawái. «¿A Hawái?», preguntaba ella con extrañeza antes de correr a su habitación y buscar Hawái en su globo terráqueo. No ser capaz de localizar a su madre en un punto exacto e inamovible de aquella esfera que tenía en su habitación aumentaba su nerviosismo, más todavía cuando el padre dejó de darle como respuesta lugares concretos (su madre pasó por Singapur, por Nueva Zelanda y por Viena) y comenzó a responderle con un nada alentador y poco entusiasta: «Ya volverá». Ni el dónde ni el cuándo ofrecían a la niña respuestas tranquilizadoras, y mucho menos claras, sobre el misterioso paradero de su madre. Era demasiado pequeña todavía como para preguntarse el porqué.

El «no te imaginarás de lo que me he enterado» empezó a ser una frase comodín cada vez que Blanca pasaba por delante de todas aquellas madres, cabizbaja y con la mochila al hombro. Eran tiempos en los que todo el mundo conocía a todo el mundo. Entendiendo por *todo el mundo* o *el mundo entero* el perímetro de aquel barrio de poco más de cinco mil habitantes censados muy próximo a la ciudad de Valencia. Aunque aquel rincón estaba a poco menos de un tiro de piedra paseando hasta la ciudad, era un emplazamiento aparte, con su propia historia, en el que sus propios habitantes no se consideraban capitalinos, ni los de la capital los consideraban vecinos de sus calles.

En aquel lugar, todos sabían de quién eras hijo y nieto. O si por el contrario habías venido de fuera, todos conocían con exactitud desde dónde habías llegado, porque en esos casos el forastero perdía su nombre de pila para convertirse, sencillamente, en el Murciano, y si el Murciano echaba raíces, por extensión, estas se convertían en los Niños del Murciano. También se sabía dónde vivías (si en la zona noble, más próxima al centro de la ciudad, con edificios de construcción reciente, cerca de la avenida principal, la plazuela y los comercios, o en la zona obrera, al otro lado del descampado, cerca de la gasolinera), a qué te dedicabas, con quién te juntabas y en cuál de los dos colegios del barrio cursaban los estudios los niños, si en el público o en el concertado. Y si algún crío hacía alguna maldad propia de la edad, ya fuera romper un cristal de un balonazo o cargarse el espejo retrovisor de un coche de una patada, a los pocos minutos una vecina ya estaba tocando el interfono en el portal de la madre del malhechor para contarle la batallita. En ese microcosmos, los cambios, ya fuera la adquisición de un vehículo familiar último modelo, una separación, un hijo que se volvía yonqui o un nuevo tinte de cabello en la cabeza de una vecina, no pasaban nunca desapercibidos.

Y de la noche a la mañana empezó a ser el padre quien iba a buscar a Blanca todas las tardes y, a diferencia de su madre, él sí que hablaba con las otras madres, las *catetas*. De modo que era difícil ignorar la ausencia de la mamá, que ya despertaba sospechas. Más todavía cuando en alguna ocasión habían sido todas estas mujeres quienes habían tenido que hacerse cargo temporalmente de Blanca, ya que su padre había llamado a última hora, muy apurado y desviviéndose en disculpas, para que, por favor, la llevaran con ellas al parque, que a él se le había complicado la jornada laboral.

—¿Y tu mamá por dónde para? —preguntaba siempre alguna de ellas, dándole un codazo cómplice a cualquier otra que tuviera cerca, observando a aquella niña de ojos tristes. Blanca siempre respondía de la misma manera: se encogía de hombros, miraba al suelo y permanecía en silencio.

Y las madres comenzaron, cómo no, a hablar entre ellas. «Me contaron que este la pilló en la cama con otro». «No me digas, me dejas muerta». «Si parecían muy enamorados, ¿no?». «Yo oí que se había vuelto al pueblo, que su madre estaba muy enferma». «Ya, hija, y entonces ¿por qué iban a actuar con tanto misterio?». «En eso tienes toda la razón, esas cosas se cuentan sin la menor vergüenza». «A mí me huele todo muy raro». «Y más por cómo era esta, me lo dices de la Pili y digo: “Bueno”, pero ¿esta?». «Yo noto a la niña como triste». «Y además no suelta prenda, que parece que le hayan cosido la boca». «Pues a mí me da que la tía andaba cucú y debe de estar en algún tipo de sanatorio». «Pues eso me pega bastante». «Qué va, un cáncer de mama, lo sé de buena tinta». «Pues que no querrá que la vean calva». «En eso tienes razón, siempre ha sido una chica muy coqueta». «Y muy descocada». «Ay, qué mala eres, Julita, que me desorino». «Bueno, os dejo, que al enano le

entra el hambre y se pone potroso». «Si me entero de algo te llamo». «Sí, sí, nos vamos contando». Y así hasta que la madre de Aurora le preguntó directamente al padre de Blanca que dónde se había metido su mujer, que hacía mucho que no la veían y andaba todo el barrio en un sin-vivir. Y el padre de Blanca, con toda probabilidad pillado en un momento de flaqueza o de desesperación, respondió que se había marchado por tiempo indefinido, sin dar demasiadas explicaciones, y que ni tan siquiera él tenía del todo claro adónde ni con quién. Lo que faltaba.

Los rumores viajaban a la velocidad de la luz en el microcosmos de aquel barrio, y pronto se decidió, por consenso popular tras unos cuantos «No te imaginarás de lo que me he enterado» y «Pues si te digo lo que he oído yo...», que la madre de Blanca debía de estar en una institución de salud mental, por aquel entonces denominadas manicomios y donde la gente no «ingresaba», sino que «la encerraban». Entiéndase el matiz de la época y de la opinión popular sobre la figura de la madre de Blanca, porque todos sabemos que los rumores suelen ser mucho más crueles cuando versan sobre una persona que, en líneas generales, no cae demasiado bien a quien los produce y reproduce.

Fue precisamente Aurora, la niña que un día había llamado a su madre putón, quien volvió a encararse con Blanca durante el recreo, después de que esta se colase un turno para jugar a lo que estuvieran jugando el resto de los críos, quizás a la comba. Aurora la enganchó de la coleta y le dijo que todo el mundo sabía que su madre los había abandonado porque estaba loca. «Loca de atar», dijo, imitando el tono exacto con el que una frase así se pronunciaría en una de aquellas telenovelas que las señoras solían ver a la hora de la siesta. Aquella era la primera vez que Blanca oía la palabra *abandono* en boca de alguien,

y pensó en su sillita frente al escritorio, donde ya no reposaba la ropa planchada del día siguiente, y sintió que aquello era verdad. Su madre no estaba en Hawái ni en Singapur, sino que se había marchado para no volver. Blanca entonces miró a su alrededor y observó como al resto de sus compañeros les daba la risa floja. «Tu madre está loca, tu madre está loca», empezaron a corear con esa maldad tan propia de los niños pequeños que todavía actúan sin temor a las consecuencias de sus propios actos.

Blanca sintió como algo le quemaba muy dentro del pecho y como ese fuego, ese líquido denso y amargo, le ardía y le subía por la garganta como una erupción volcánica, a punto de salirse a borbotones de la boca como una vomitona después de un copioso menú infantil del Burger King. Entonces tomó a Aurora del brazo y, mirándola a los ojos, le espetó: «Espero que te dé un cáncer transparente y que ningún médico te lo vea». Luego le arreó un bofetón. Aurora, entonces, se marchó de allí llorando a lágrima viva con la mano sobre su moflete colorado. Eso es lo que recordaría todo el mundo: el bofetón. Aquel golpe de efecto fue tan violento y sonoro (¡plas!) que la maldición de Blanca pasó desapercibida para el resto de los niños allí presentes.

Blanca no sufrió ningún castigo, porque todos, en especial los adultos, sentían pena por ella, la pobre niñita abandonada. Aurora, por el contrario, sí que recibió una dura amonestación por parte de la directora de la escuela, que la instó a ser más empática con la situación de los demás «porque no todos los niños tienen la misma suerte que tú». Entendiendo por *suerte* la de tener un padre y una madre y saber más o menos dónde está cada uno. Aurora no llegó a final de curso. A los tres meses murió de una enfermedad rara para la que ningún médico fue capaz de encontrar cura ni tratamiento que le alargase su

corta vida. Fue fulminante, aunque tremendamente dolorosa para la criatura.

Blanca recuerda poco más de lo que sucedió aquel año. La memoria, sin duda, es caprichosa y ella había vivido demasiados sucesos traumáticos en tan corto periodo de tiempo como para poder hacer una fiel cronología de aquellos meses oscuros. Desde el momento en el que su madre se fue y su vida se transformó en una agónica espera, sus recuerdos fueron perdiendo nitidez, como si los hubiera almacenado desde detrás de un cristal golpeado por la lluvia. Las rutinas y los ritmos en casa cambiaron, mutaron y se transformaron hasta que dieron paso a rutinas y ritmos nuevos. Por las mañanas seguía oliendo a café recién hecho, pero Blanca comenzó a escoger su ropa para ir a la escuela y el menú diario se redujo a una lista de las dos nuevas especialidades de aquella triste casa de comidas: macarrones con tomate y carne picada al mediodía, y filete de pollo y espárragos con mayonesa por la noche.

Algo que sí recuerda de aquel año es el hecho de comprender el verdadero significado de la palabra *silencio*, que a veces se volvía tan insoportable que parecía pesar sobre los hombros de Blanca y de su padre, hasta el punto de que ambos comenzaron a caminar con la cabeza gacha, encorvados, como si les hubiera crecido una chepa. Otras veces, ese silencio se llenaba de banalidades («¿Qué te apetece cenar hoy?», «El sábado por la mañana empezaré a llevarte a natación») en lugar de llenarse con las preguntas que Blanca quería hacer («¿Dónde está mamá? ¿Cuándo volverá?») y las respuestas que necesitaba escuchar. No recuerda con claridad en qué momento dejó de insistir con aquellas preguntas, ni cuándo se acostumbró a esa soledad compartida por dos.

Poco más recuerda Blanca de aquellos primeros meses

de ausencia materna, ni qué hacían su padre y ella en casa, ni de qué hablaban, si es que hablaban de algo. Hoy puede cerrar los ojos y, haciendo un esfuerzo que le perla de sudor la frente, rememorar vagamente la puerta principal de su colegio, de ladrillo rojo y adornado de buganvillas, su pequeño pupitre color verde menta y su mochila azul cielo. Recordar, sí, a la profesora de música dando palmas para que todos siguieran el compás de una melodía. O al profesor de matemáticas explicando algo y diciendo después: «Esto irá para examen». Puede recordar sus botas de agua de color amarillo, y el sonido que hacían cuando saltaba sobre los charcos, y su paraguas transparente, que le permitía comprobar la intensidad de la lluvia. Recuerda a su padre en casa, hablando por teléfono con alguien, probablemente con algún familiar y diciendo «No lo sé, joder, no lo sé» justo antes de colgar furioso el auricular. Puede recordar cuando los niños y niñas de la escuela se apartaban de su lado y cuchicheaban a su paso. O que nadie quería jugar con ella en el recreo, como si fuese un gato negro, porque Blanca siempre sería quien le dio aquel sonoro bofetón a la niña enfermita.

Lo que Blanca sí recuerda con absoluta claridad es la tarde en la que enterraron a Aurora. La parroquia del barrio, pequeña hasta la claustrofobia, el olor a incienso, el chisporrotear de todas aquellas velas encendidas y el tufo dulzón de las coronas de flores que adornaban el altar por decenas. Nadie en todo el barrio se había olvidado de la pequeña Aurora. Blanca tiene en su cabeza, como si fuera una fotografía, la imagen de Aurora, pálida como una muñequita de cera, con un vestido de color rojo y unas merceditas de charol negro que Blanca no recordaba haberle visto puestas y cuyas suelas estaban impolutas, relucientes y sin gastar, colocada dentro de una caja de pino del tamaño de un pequeño coche de choque. Recuerda a una se-

ñora secándose las lágrimas con un pañuelo al tiempo que exclamaba, una y otra vez: «Pero ¡si parece Caperucita!». Recuerda cuando todos los niños de su clase cantaron *Pescador de hombres*, que, ahora cuando lo rememora, piensa que tampoco es una canción especialmente apropiada para el funeral de un niño, pero quizás, por aquel entonces, era la única canción que se sabían todos y, ante lo inesperado, mejor no improvisar. Recuerda que la madre de Aurora se desmayó dos veces: una cuando llegó a la parroquia y se encontró con toda la escena, y otra cuando caminaba detrás del ataúd de su única hija. Recuerda al cura diciendo frases que retumbaban en la pequeña parroquia, pero que caían en el vacío, puesto que no alcanzaban a la gente que se congregaba en aquellos bancos de madera oscura con el consuelo con el que deberían ser alcanzados, como aquella sobre aceptar el misterio de Dios mientras señalaba el cofrecito donde descansaba una niña que no cumpliría nunca dos dígitos. Y recuerda el contagio de las lágrimas, como si se tratase de un virus más de esos que corren con tanta alegría por los colegios. Cómo comenzó llorando Berta, la que se consideraba la mejor amiga de Aurora, y poco a poco, como por efecto dominó, empezaron a llorar uno por uno todos los niños y las niñas del colegio que asistieron aquel día al entierro de su compañerita. Blanca también lloró, con las rodillas apoyadas sobre el banco de madera de la iglesia, mientras, en teoría, rezaba una oración por el alma de aquella niña muerta. Pero Blanca no rezaba por el alma de Aurora, rezaba por la suya.

Blanca recuerda alzar la vista mientras el resto de sus compañeros miraban todavía al suelo, concentrados en el rezo, y ser consciente por primera vez de que Aurora ya no era una niña, sino un cadáver. Su rostro, antaño despierto y curioso, no era más que una máscara sin expresión que

provocó que ella se preguntase, pese a lo escuchado aquella tarde de boca del párroco, si aquel ser que ni sentía ni padecía podría tener alma y dónde estaría ahora. Sobre sus cabezas, un Jesucristo clavado en la cruz con gesto doliente parecía seguirla con la mirada allá donde tratara de esconderse, y Blanca tuvo la impresión de que aquel hombre en las alturas era consciente de su pecado original, o lo que fuera que había hecho. El fuerte olor a incienso, flores y humanidad concentrado en tan pequeño espacio le produjo a Blanca un mareo que hizo que tuviera que agarrarse con fuerza al banco de la iglesia para no desfallecer. Pensó en el fuego que había brotado de su propia garganta. Pensó en la maldición que le había echado a Aurora. Pensó en que los muertos dejaban de parecerse a las personas que una vez habían sido. Y en aquel instante, con el último sol de la tarde entrando por las ventanas de la parroquia, sintió un miedo que le recorrió el cuerpo entero hasta instalársele, helado, en los huesos.

Tras el funeral, Blanca sufrió unas terribles fiebres que la mantuvieron en cama varias semanas, lo que no ayudó a rellenar los ya de por sí frágiles huecos de su memoria. Su padre pensó que debía de ser por la conmoción de todo lo vivido durante aquellos meses, cuya guinda había sido un desafortunado entierro infantil que había dejado tristón a todo el barrio. Pero Blanca, sudando en su pequeña camita, sentía en la boca el amargor de la culpa, y en la nuca, los ojos clavados del Jesucristo de su parroquia, que jamás volvió a pisar.

Y, después de aquello, Blanca recuerda que llegó el verano.